

Pereira, Antonio. Cancionero de Sagres

César Aller

Antonio Pereira, leonés de Villafranca del Bierzo, es, siempre y ante todo, poeta; hasta cuando escribe su libro de cuentos "Una ventana a la carretera", Premio "Leopoldo Alas", o su reciente novela "Un sitio para Soledad". Ahora nos entrega su tercer libro de poesía, y me parece el más ajustado a su voz y a su talante entre campechano y burlón, entre práctico y soñador. Todos estos contrastes, y más, hay en la personalidad de este escritor.

Antonio Pereira es hombre de cántico. Su poesía no va a lo conceptual y frío; lo suyo es darle a cada cosa su bello son, que lo tiene, después de haberse parado a escucharlo. Y aquí, en este libro, se quita innecesarios adornos y artificios y se pone a cantar con fe en la poesía, con aquella ingenuidad tan necesaria para la creación artística. Por eso le leemos, escuchamos su voz limpia, que viene tan de lejos, como aquellos cancioneros que venían del pueblo y entre el pueblo vivían, como algo propio, con la gracia del decir popular. Algo de esto noto yo en la última poesía de Antonio Pereira, tan enriquecida con relación a sus libros precedentes. Pero vayamos por partes.

Antonio Pereira es un poeta de lo que está en camino y su signo principal en este libro (con antecedente en "el regreso") es el de quien encuentra en los viajes uno de los motivos principales de inspiración. Y no sólo en los viajes, sino en las circunstancias cambiantes de la vida. Esto es lo que le impresiona, esto es lo que hace nacer y da fuerza a sus poemas. La vida para él es todo un viaje, que comprende otros muchos pequeños y diversos, atractivos, sin duda.

En casi todos los poemas de *Cancionero de Sagres* hay esta raíz y esta referencia, desde el comienzo, que es la entrada en Portugal, hasta cuando habla de los mismos portugueses, de quienes dice "que andan eternamente y sin remedio". Incluso en ese poema que titula "La aparición", vemos la misma línea:

Rezan que vino la Virgen.

Por aquel siglo

las piedras se hacían flores

en los caminos.

Dicen que puede volver

la Virgen. De todas partes

corren testigos.

Otra característica que apunta en sus poemas es la ironía. No sé, es como un darle la risa por dentro, gozando con lo chocante, pero sin ruido, como cuando escribe que pone en limpio sus palabras para que se las encuentre en un estante un trapero "si para entonces todavía hay trapos". También en el poema "La exageración" puede verse su vena humorística, y en "Brácara Augusta", en el que relata las ganas que le dieron de decirle a un canónigo que el obispo Fructuoso era nada menos que del Bierzo:

Mi mujer, ya ustedes saben,

"Eso ni se te ocurra,

¿Y al canónigo? Menos,

bastante les importa a los canónigos".

En otros poemas, Antonio Pereira da con la gracia de lo pequeño, y es un chispazo lo que salta. Así, en el "Fado de la limpiadora", tan sencillo y verdadero. O cuando canta:

Cada vez que estuve triste

por lo que pueda ocurrir,

perdí un puñado de rosas

¡Ahora lo puedo decir!

Otras veces son serias reflexiones que salen al paso, como vemos en "La espera", al hablar de las gentes humildes que van a la ciudad a resolver sus asuntos:

En los zaguanes aguardan,

callados, quietos y en paz.

Va a ponerse el sol. Pero ellos

no se cansan de esperar.

Leer este libro es disfrutar de aquella poesía en la que el ritmo y la rima

adelantan la impresión grata, el recuerdo de lo leído. Es la lírica cuya tradición no se pierde y que viene desde los viejos cancioneros, y se renueva cuando encuentra un corazón y una voz que sabe descubrir la belleza de hoy, con palabras de ahora.